

Allí se comía, se bebía, se gritaba, se pagaba poco, se pagaba mal, no se pagaba á veces; pero siempre se encontraba buen recibimiento. El tío Hucheloup era un buen hombre.

Hucheloup, buen hombre acabamos de decir, era un figonero con bigotes, variedad divertida.

Tenía siempre la cara de mal humor; parecía querer intimidar á sus parroquianos; refunfuñaba á los que entraban en su casa, y tenía el aspecto más propio para buscar camorra con ellos, que para servirles la sopa. Y sin embargo, mantenemos lo dicho, todos eran bien recibidos.

Esta rareza suya había acreditado su establecimiento, y acudían á él los jóvenes diciéndose: "Ven, oirás gruñir al tío Hucheloup."

Había sido maestro de armas. Se reía á carcajadas á lo mejor; tenía la voz gruesa; era un diablo bueno. Mostraba cierto fondo cómico con apariencia trágica; no quería más que causar miedo, por el estilo de esas cajas de rapé que tienen la forma de una pistola. La detonación es un estornudo.

Su mujer, la tía Hucheloup, era un sér barbudo y feísimo.

Hacia 1830 murió el tío Hucheloup, y con él desapareció el secreto de las carpas cebadas.

Su viuda, no muy consolable, continuó con la taberna.

Pero la cocina degeneró, llegando á ser malísima; el vino, que antes había sido solamente malo, llegó á ser pésimo.

Courfeyrac y sus amigos siguieron yendo á Corinto, á pesar de ello, "por compasión," al decir de Bossuet.

La viuda Hucheloup era una mujerona carilluda y disforme, con recuerdos campestres, cuya única gracia consistía en la pronunciación. Tenía un modo especial de decir las cosas con que sazónaba sus reminiscencias primaverales y de aldea.

Decía, por ejemplo, que en otro tiempo había sido su gran placer oír "cantar al ruiseñor en la madresierva."

La sala del primer piso, donde estaba "el comedor," era una pieza grande y larga, llena de taburetes, de escabeles, de sillas, de bancos y de mesas, con una mesa coja de billar.

Se subía por la escalera de caracol, que remataba en el ángulo de la sala por un agujero cuadrado, semejante á una escotilla de navío.

Esta sala, iluminada por un sola ventana estrecha, y por un quinqué siempre encendido, parecía una buhardilla.

Todos los muebles de cuatro piés estaban como si solo tuvieran tres.

Las paredes, blanqueadas con cal, no tenían más adorno que este cuarteto en honor de la señora Hucheloup:

A diez pasos admira, como á los dos espanta,
Una verruga habita su nariz asombrosa;
Teme uno á cada instante si sonar se le antoja
Que á parar á la boca el mejor día vaya.

Estos versos estaban escritos con carbón en la pared.

La señora Hucheloup estaba yendo y viniendo por delante de este cuarteto todo el día con la más perfecta tranquilidad.

Dos criadas, llamadas Matelote y Gibelotte, sin que nunca se haya sabido que tuvieran otros nombres, ayudaban á la señora Hucheloup á poner en las mesas los jarros de vino y la variedad de guisotes que se servían á los hambrientos en cazuelas de barro.

Matelote, gruesa, redonda, roja y vocinglera, antigua sultana favorita del difunto Hucheloup, era fea, más fea que cualquier monstruo mitológico, sin embargo, como conviene que la criada sea siempre menos que el ama, era menos fea que la seña Hucheloup.

Gibelotte era alta, delgada, de blancura linfática, con los ojos hundidos, los párpados caídos, siempre como fatigada y rendida, dominada por lo que podría llamarse laxitud grónica; se levantaba la primera y se acostaba la última; servía á todo el mundo, incluso la otra criada, en silencio y con dulzura; sonriendo bajo el peso del trabajo con cierta vaga sonrisa adormecida.

Antes de entrar en la sala-comedor, se leía sobre la puerta este verso, escrito con yeso por Courfeyrac.

Regálate si puedes, y come si te atreves.

II

Alegrías previas.

Laigle de Meaux, como sabemos, vivía más en casa de Joly que en otra parte. Tenía un alojamiento, como tiene el pájaro una rama.

Los dos amigos vivían juntos, comían juntos y dormían juntos.

Todo les era común, hasta Musichetta; eran lo que alguno ha llamado á ciertos clérigos que dicen dos misas en un día, "bini."

La mañana del 5 de Junio se fueron á almorzar á Corinto.

Joly tenía un fuerte resfriado, del cual empezaba á participar Laigle.

La levita de Laigle estaba ya muy usada, pero Joly vestía bien.

Serían como las nueve de la mañana cuando empujaron ellos la puerta de Corinto.

Subieron al primer piso.

Matelote y Gibelotte los recibieron.

—Ostras, queso y jamón,—dijo Laigle.

Y se sentaron á la mesa.

El bodegón estaba vacío; no había en la sala más que ellos dos solos.

Gibelotte, conociendo á Laigle y á Joly, empezó por ponerles delante una botella de vino.

Cuando estaban aún comiendo las primeras ostras, apareció una cabeza en la escotilla de la escalera, y se oyó una voz que decía:

—Pasaba por ahí, he humeado desde la calle un delicioso olor á queso de Brie, y he subido.

Era Grantaire.

Grantaire cogió un taburete y se sentó.

Gibelotte, viéndole, puso dos botellas en la mesa.

De modo que ya eran tres.

—¿Vas á beberte esas dos botellas?—preguntó Laigle á Grantaire.

Y éste respondió:

—Todos son ingeniosos; tú sólo eres ingénuo. Dos botellas no asustan nunca á un hombre.



Los otros habían empezado por comer; Grantaire empezó por beber, y apuró de un sorbo media botella.

—¿Tienes algún agujero en el estómago?—preguntó Laigle.

—Tú le tienes en el codo,—contestó Grantaire.

Y después de haber vaciado su vaso, añadió:

—¡Ah, Laigle de las oraciones fúnebres! Tu levita está vieja.

—Lo creo,—respondió Laigle.—Eso hace que hagamos buenas migas mi levita y yo; ella ha tomado todos mis pliegues, y no me incomoda para nada, puesto que se

ha amoldado á mis deformidades, y se presta con facilidad á todos mis movimientos; no la siento sino porque me abriga. Los vestidos viejos son lo mismo que los amigos antiguos.

—Es verdad,—exclamó Joly entrando en la conversación;—un traje viejo es un abrigo viejo.

—Sobre todo,—dijo Grantaire,—para la boca de un hombre resfriado.

—Grantaire,—interrogó Laigle,—¿vienes de los boulevares?

—No.

—Joly y yo acabamos de ver pasar la cabeza del entierro.

—Es un espectáculo maravilloso,—dijo Joly.

—¿Qué tranquila está esta calle!—exclamó Laigle.—¿Quién sospecharía aquí que París está trastornado? ¿Cómo se conoce que antes todo esto eran conventos! Breul, Sauval y el presbítero Lebeuf traen la lista. Los había en todo alrededor; aquí hormigueaban calzados, descalzos, tonsurados, barbudos, grises, negros, blancos, franciscanos, mínimos, capuchinos, carmelitas, recoletos, agustinos.... ¿Cómo pululaban!

—No hablemos de frailes,—dijo Grantaire,—eso da ganas de rascarse.

Y luego exclamó:

—¡Bah! Acabo de tragar una ostra mala; ya me acomete la hipocondría. Las ostras están pasadas, y las criadas son feas. Odio á la especie humana. Acabo de pasar por la calle de Richelieu, delante de la gran librería pública; aquel motín de conchas de ostras que se llama una biblioteca me quita la gana de pensar. ¡Cuánto papel! ¡Cuánta tinta! ¡Cuántos garabatos! ¡Todo eso se ha escrito! ¡Qué necio ha sido el que ha dicho que el hombre es un bípodo sin pluma!

“Después he encontrado á una muchacha que me conocía, bella como la primavera, digna de llamarse floreal, y entusiasmada, alegre, feliz como un angel, la miserable, porque ayer un espantoso banquero picado de viruelas, se ha dignado solicitarla. ¡Ay! La mujer acecha al pagano lo mismo que al galán; las gatas cazan lo mismo á los ratones que á los pájaros.

“Esta doncella no hace aún dos meses era honesta en su buhardilla; ajustaba circulitos de cobre á los ojitos de un corsé; ¿cómo le llaman á eso? Cosía, tenía un catre de tijera, vivía al lado de una maceta de flores, estaba contenta. Ahora está hecha una banquera. La transformación se ha hecho esta noche.

“Por la mañana encontré á esa víctima muy alegre; y lo más horrible es que esa bribona está hoy tan linda como ayer. No se traslucía al banquero en su rostro. Las rosas tienen esta propiedad, de más ó de menos, comparadas con las mujeres, y es que las huellas que les causan los insectos son visibles.

“¡Ah! No hay moral en la tierra; y pongo por testigo al mirto, símbolo del amor; al laurel, símbolo de la guerra; al olivo, ese asno, símbolo de la paz; al manzano, que por poco atraganta á Adán con su pepita, y á la higuera, abuela de las faldas.

“En cuanto al derecho, ¿quereis saber lo que es el derecho?

“Los galos codician á Clusio, Roma protege á Clusio, y les pregunta, ¿qué mal os ha hecho Clusio?

“Breno responde: El daño que os ha hecho Alba, el daño que os ha hecho Fidena, el daño que os han hecho los Equos, los Volscos y los Sabinos, que fueron vuestros vecinos, los Clusanos son los nuestros. Entendemos la vecindad como voso-

tros lo entendeis. Habeis robado á Alba; nosotros tomamos á Clusio.

“Roma dice: Pues no tomareis á Clusio. Breno tomó á Roma; y después gritó: “Vae victis.”

“Y hé aquí lo que es derecho.

“¡Ah! En este mundo no hay más que aves de rapiña, ¡águilas! ¡águilas! Yo me encojo como gallina asustada.

Y alargó su vaso á Joly, que se lo llenó; bebióselo y prosiguió, sin detenerse casi por este vaso de vino, en que nadie reparó, ni él mismo siquiera:

—Breno, tomando á Roma, es un águila; el banquero que toma á la modistilla, es un águila. No hay más pudor en el uno que en el otro. No creamos, pues, en nada; no hay más que una realidad: beber.

“Cualquiera que sea vuestra opinión, ya estéis por el gallo flaco como el cantón de Uri, ó por el gallo gordo como el cantón de Glaris, poco importa: bebed.

“Me habláis de los boulevares, del entierro, etc. . . . ¿Y qué? ¿Qué va á haber otra revolución!

“Esta pobreza de medios por parte de Dios, me asombra. Es preciso que á cada momento esté dando sebo al carril de los acontecimientos. Esto se atasca, esto no marcha. Ea, pronto, una revolución.

“El buen Dios tiene siempre las manos negras de ese maldito sebo. Yo en su lugar lo haría más sencillamente, no montaría á cada instante mi maquinaria, sino que llevaría al género humano con movimiento uniforme; tejería los techos malla á malla, sin romper el hilo, y no echaría mano del acaso ni tendría repertorios extraordinarios.

Lo que vosotros llamáis progreso, impulsado por dos motores: los hombres y los sucesos. Pero ¡Lástima grande! que de cuando en cuando sea necesario lo excepcional. Para los sucesos como para los hombres la tropa ordinaria no basta; es preciso que haya genios entre los hombres y revoluciones entre los sucesos.

“Los grandes accidentes son la ley; el orden de las cosas no puede prescindir de ellos; y al ver las apariciones de los cometas, está uno dispuesto á creer que hasta el cielo tiene necesidad de actores representantes.

“En el momento en que menos se espera, Dios hace aparecer un meteoro en el firmamento; se presenta alguna estrella caprichosa subrayada por una enorme cola. Y esto mata á César; Bruto le da una puñalada y Dios un cometazo.

“Crac; hé ahí una aurora boreal, hé aquí una revolución, hé aquí un grande hombre; 93 en gruesos caracteres, Napoleón acechando el cometa de 1811 sobre el aviso.

“¡Ah! ¡Qué hermoso cartel azul, tachonado de súbitas llamaradas! ¡Bum! ¡Bum! Espectáculo extraordinario. Alzad los ojos, papanatas; todo es descabellado; el astro como el drama.

“Buen Dios, esto es demasiado, y no es bastante. Esos recursos excepcionales tomados en su exención, parecen magnificencia, y son pobreza. Amigos míos, la Providencia necesita también de expedientes.

“¿Qué prueba una revolución? Que Dios alcanza poco. Da un golpe de Estado, porque hay solución de continuidad entre el presente y el porvenir, y porque él, siendo Dios, no ha podido reunir los dos cabos.

“Todo esto me afirma en mis conjeturas acerca de la situación de fortuna de Jehová: y al ver tanto malestar arriba y abajo, tanta mezquindad y miseria; tanta

mezquindad y pequeñez en el cielo y en la tierra, desde el pájaro que no tiene un grano de mijo, hasta mí, que no tengo cien mil francos de renta; al ver el destino humano gastada ya, aún el destino regio que enseña la trama, testigo el príncipe de Condé pendiente de la horca; al ver el invierno que no es más que un rasgón en el zenit por donde sopla el viento; al ver tantos harapos hasta en la púrpura nuevecita de la mañana sobre las colinas; al ver que las gotas de rocío son perlas falsas; al ver la escarcha ser imitación del cristal; al ver la humanidad descosida y los sucesos remendados, y tantas manchas en el sol, y tantos agujeros en la luna; al ver tanta miseria por todas partes, supongo que Dios no es muy rico.

“Advierto que tiene apariencia de riqueza; es verdad; pero se descubre la necesidad.

“No se debe juzgar á los dioses por las apariencias. Bajo el oro del cielo entreveo un universo pobre; la creación está en quiebra; por eso estoy descontento.

“Mirad, hoy es el 5 de Junio, y está el día como si fuera de noche. Desde esta mañana estoy esperando que venga el día, y no ha venido, y apuesto á que no vendrá. Esto es una falta de un dependiente mal pagado.

“Sí, todo está mal arreglado; nada se ajusta bien; este viejo mundo está derrengado. Me paso á la oposición.

“Todo marcha al revés; el Universo es una pura contradicción. Sucede lo que con los hijos; los que los desean no los tienen; los que no los desean los tienen.

“Total: tengo mal humor.

“Además, Laigle de Meaux, ese calvo me entristece cuando le miro; me humilla el pensar que soy de la misma edad que esa rodilla.

“Yo critico, pero no insulto. El Universo es lo que es; hablo aquí sin mala intención, por lo que me dicta mi conciencia.

“Padre Eterno, recibid la seguridad de mi distinguida consideración. ¡Ah! Por todos los santos olímpicos, y por todos los dioses del paraíso, yo no nací para parisiense, es decir, para estar dando vueltas siempre como un volante entre dos raquetas, desde el grupo de los ociosos al grupo de los revoltosos.

“Yo nací para ser turco, para estar mirando todo el día á las bailarinas orientales esos bailes exquisitos del Egipto, lúbricos como los sueños de un hombre casto; ó aldeano de Beocia, ó hidalgo veneciano, rodeado de nobles matronas; ó principillo alemán contribuyendo con medio soldado á la Confederación Germánica, y empleando sus ocios en secar sus calcetas en su seto, es decir, en su frontera.

“¡Para uno de esos destinos he nacido yo!

“Sí, he dicho turco, y no me arrepiento. No comprendo que se hable de los turcos habitualmente mal; Mahoma tiene cosas buenas; ¡respeto al inventor de los serrillos de hurís y de los paraísos de odaliscas! ¡No insultemos al mahometismo, única religión que está adornada de gallinero!

“Apoyándome en lo cual, insisto en beber.

“La tierra es una gran majadería. Parece que van á pelear todos esos imbéciles, á romperse las narices, á matarse en pleno estío, en el mes de Junio, cuando podrían ir cogidos del brazo de una tierna joven á respirar en los campos la inmensa taza de té del heno segado.

“En verdad que se cometen muchas necedades, y de nada sirve lo pasado.

“Una antigua linterna rota que acabo de ver en una prendería, me ha sugerido una reflexión. Ya es tiempo de iluminar al género humano.